LA LENGUA COLOQUIAL EN EL TEATRO EN LA GUERRA

Por
CARMEN ARACELI MARTÍNEZ ALBARRACÍN

1.– Introducción

Toda la producción de Miguel Hernández –al menos la conocida– se extiende a través de doce apretados años: desde principios de 1930 hasta finales de 1941. Durante el transcurso de esos doce años, España vive uno de los períodos más intensos y más trágicos de su historia. La sociedad española no encuentra la solución de sus problemas en la estrechez de las viejas fórmulas y busca nuevos esquemas a los que ajustar su futuro. El estallido de una prolongada crisis afecta, con sus variados signos, a la inmensa mayoría de los hogares de este país.

La obra de Miguel Hernández está inserta en este contexto histórico y sociopolítico.

Se puede decir que no existe una separación tajante entre su obra poética y dramática. A veces los temas de la primera sirven a la segunda, se repiten versos, metáforas e imágenes en poemas y dramas.

Durante la guerra compuso varias piezas sueltas recogidas con el título de *Teatro en la guerra* (1937).

Contiene cuatro piezas breves: *La cola, El hombrecito;* el *Refugiado, Los sentados.*

Son breves cuadros de costumbres y estampas sacadas de la vida española de aquellos días.

En muchos casos carecen de entidad y fuerza dramática porque las escenas son bastante artificiosas y su intención didáctica es evidente.

En el prólogo escribe M. Hernández:

> «Una de las maneras mías de luchar es haber comenzado a cultivar un teatro hiriente y breve, un teatro de guerra. (...) Creo que el teatro es un arma magnífica de guerra y contra el enemigo de enfrente y contra el enemigo de casa. Entiendo que todo teatro, toda poesía, todo arte, han de ser más que nunca, un arma de guerra» (...).

Los argumentos reflejan los difíciles problemas de la retaguardia y atacan la cobardía, el derrotismo. Su intención es a veces satírica y ejemplificadora, expone las consignas de guerra y combate los vicios.

Todas estas obras adolecen de un esquematismo extremado y una total ausencia de interés dramático.

Al escogerlas para nuestro trabajo no nos hemos guiado por un criterio literario, sino por el interés lingüístico dada la importancia del reflejo de la lengua coloquial en las mismas. Esta lengua tiene una gran importancia para el estudio de la literatura porque está profundamente arraigada en el lenguaje familiar y popular.

El proceso de recreación del habla coloquial, al pasarla por el tamiz del autor, le confiere una actualidad más palpitante que la simple copia de la lengua común; porque es un intento de producir una impresión de realidad más viva, no reflejando la simple realidad, sino extractando de ella lo más válido para dar un elemento más subrayado.

Estas obras se convierten en una auténtica caja de resonancia del lenguaje. Los fenómenos más característicos del mismo se hallan potenciados en un grado superior a como se producen entre el pueblo, ya que el autor renueva aquellos que su frecuente uso ha ido desgastando.

El autor toma de la realidad los datos más pertinentes para luego verterlos en la obra artística. Esto se produce en el plano de la expresión y del contenido; debido a la intención didáctica de estas obras.

Hemos observado como estas obras toman de la lengua hablada multitud de giros, expresiones y vocablos que están en boca de todos y que son por tanto lengua viva.

Si se limitase a reflejar la lengua que oía a su alrededor, la valía literaria de sus obras sería escasa, porque su aspecto creativo no existiría. Por ello no sólo aprehende la realidad lingüística sino que la remoza constantemente, buscando siempre una mayor expresividad.

Antes de iniciar nuestro estudio es necesario precisar lo que entendemos por lengua coloquial, que es el uso informal de la lengua por el hablante de clase media; es el nivel de lengua donde se vive inmerso, como afirman M. Seco[1], A. Carballo Picazo[2] y F. González Ollé[3].

Antes de seguir adelante es conveniente hacer una precisión con respecto a la lengua literaria que se utiliza en estas obras estudiadas[4].

Esta lengua literaria no debe tomarse como un nivel de lengua, sino como un nivel de lengua, sino como un nivel de habla, es decir, como un registro elegido más o menos libremente por el autor, teniendo en cuenta si su expresión va a ser oral o escrita, si piensa en un público popular o cultivado. En este nivel de habla que es la lengua literaria, tiene cabida otro nivel de habla que llamamos lengua coloquial.

Por último es necesario aclarar que la lengua coloquial tiene una gran importancia para el estudio de la literatura, porque está profundamente arraigada en el lenguaje familiar y popular, según W. Benhauer[5].

Desde esta perspectiva es necesario aclarar que en las obras de nuestro estudio lo más característico es el uso de la lengua coloquial[6]. Nos hemos fijado en los recursos que se presentan de forma sistemática y no ocasional[7].

2.– Expresividad

2.1.– Comparación

Es un procedimiento de expresión formado por la agrupación de dos o más palabras con las que se denota la gradación del adjetivo. Nos limitaremos a los que expresan el grado del adjetivo por comparación entre dos o más conceptos de los cuales enunciamos la misma cualidad, según el *Esbozo de una nueva Gramática de la lengua española*[8].

El empleo de comparaciones ha sido siempre un recurso de extraordinaria eficacia en los grandes escritores. Es uno de los medios expresivos más bellos y populares para realzar lingüísticamente la característica atribuida a un ser comparándolo con un objeto o con una persona que la fantasía del hablante considera como exponente de la aludida cualidad.

Se puede decir que el escritor tiende a realzar un elemento (término iluminado) por medio de otro más conocido, más asequible o concreto (término iluminante), por usar la terminología de A. García Yebra[9].

Los términos iluminantes designan intereses de índole muy variada que abarcan desde el medio principal de vida de algunos personajes, a la flora y fauna, acontecimientos o conceptos que pueblan su mundo.

Las comparaciones que hemos recogido las estudiaremos teniendo en cuenta el término iluminante, porque es el más inspirado por la imaginación libre del escritor.

Los diversos tipos de comparación encontradas se pueden distribuir en dos grupos, siguiendo a W. Beinhauer[10].

2.1.1.– Estas comparaciones tienen como común denominador la ausencia del adjetivo, lo que origina un habla viva, ágil, en la que el hablante no se detiene en buscar el adjetivo correspondiente a la cualidad que desea expresar sino que presenta directamente el término de comparación, con lo que el oyente comprende lo que aquel le comunica.

Con objeto de sistematizar se subdividirán según el término de comparación designe a: animales, objetos, plantas y personas.

• *Animales:*

¿Seguir al sol *como una lagartija* fría? (S 436, 15).
Sentados al sol *como lagartos* mezquinos. (S 433, 18).
El hambre será más grande que nunca y todos seremos *como bueyes*. (EH 219, 28-29).

• *Objetos:*

Hombres como éstos deben ser empleados, *como los sacos terreros,* en las trincheras. (S 435, 10).
Llevaba el cuerpo *como un estercolero*. (R 423, 18-19).
No soy tan pequeño que me vaya a perder *como cualquier aguja*. (EH 417, 6).

• *Plantas:*

Mi hijo avanza *como una semilla* a convertirse en el pan de todos los hijos. (EH 421, 28).
¡Presume tú de boca, hija: que la tuya es tan bonita *como un tomate pisado!* (LC 411, 14-15).
Me siento rejuvenecido *como un roble viejo* junto a uno temprano. (R 428, 21-22).

• *Personas:*

¡Tienes los ojos tan nublados de legañas que hablas *como una ciega!* (LC 411, 6-7).
Hablas *como un juez* que se cree que nunca yerra en sus sentencias. (S 432, 13-14).
La capital del mundo honrado, *como un gigante* mudo y sereno, seguro de la victoria. (LC 415, 8).
Maltrata a los que reciben sus ordenanzas, como lo haría *un general* de los de enfrente. (S 433, 4-5).
Ella, y las que son *como ella*, alarman. (LC 414, 30).

2.1.2.– Otra posibilidad de comparación para expresar el mismo grado de cualidad entre los dos términos presenta el verbo *parece,* que presupone tan+adjetivo, real o elidido en el primer miembro:

> Este febrero *parece una primavera.* (S 431, 11).
> *Parezco* una niña, y acabaré en niña, al fin, si tú sigues empeñada. (EH 418, 13-14).
> En estos momentos pretendo *parecer* y ser látigo, para sacudir de vuestra alma esa pereza de sol. (S 434, 22).

2.2.– Expresiones realzadoras de negación

La lengua conversacional cuenta con muchas formas afectivas de negación. Se deben al acto psicológico de negar, puesto que al afirmar el hablante de su conformidad a lo dicho o hecho por su oyente, estando aquel únicamente atento a graduar la intensidad de su mensaje. En la negación ha de evitar en lo posible la parte desagradable de su negativa o al menos que ésta se presente de forma cortés aunque categórica:

> ¡*Ni* a una bomba dejo el sitio que piso! (LC 411, 4).
> ¡*Ni* aunque venga una granada en la creencia de que soy la Telefónica! (LC 410, 13-14).
> ¡De aquí no me quita *ni* Dios! (LC 410, 9).

2.3.– Otras formas de expresividad

En este apartado hemos reunido interjecciones, giros interjeccionales y otras formas que reflejan la impresión producida en el hablante por el acto del interlocutor o por cualquier suceso del exterior. Expresan estados afectivos de alegría, dolor, sorpresa..., que puede experimentar el hablante. Estas formas se suelen diferenciar en la lengua hablada por un tono de voz más elevado y en la escrita por los signos de admiración:

> *¡Ja, ja, ja!* ¡Cómo me río yo! (LC 411, 9).
> *¡Ay!* Se me ha subido el corazón a la boca. (LC 414, 24).
> ¡Oiga, mucho *ojo con* lo que dice! (LC 413, 13).
> ¡*Bonito* cuadro de mujeres! (LC 412, 3).
> ¡*Cuidado* con la lengua, que se le desboca! (LC 413, 15).
> ¡*Pues* como no te apartes! (LC 410, 2).

3.– Fraseología

3.1.– Las series fraseológicas

El castellano hablado no se caracteriza por la concisión y brevedad, sino que, con frecuencia, utiliza unas formas que originan series y perífrasis de tono familiar y popular.

Las series consisten, según Ch. Bally, en agrupaciones usuales, consagradas, pero cuya cohesión es relativa y donde cada elemento conserva su propio valor. Si la cohesión es tan fuerte que los términos han perdido totalmente su independencia y forman una unidad indisoluble para la expresión de conceptos, serán locuciones fraseológicas.

Las series fraseológicas verbales más frecuentes son uniones casi siempre de un verbo más un sustantivo (a veces otras partes de la oración), representando una idea verbal para la que no existe en castellano un verbo equivalente, o si existe, no pertenece a las mismas raíces de los términos en serie.

La mayoría son de aspecto familiar. Así aparecen:

En una de sus casas me *echó* mi madre *al mundo*. (R 424, 31).
Peleamos porque nos *da la gana*. (LC 412, 12-13).
No me *hagas reír*, que tengo el labio dividido. (LC 409, 17).
Y pienso que sería bueno *cortarles la lengua*. (LC 414, 22).
Se me ha *subido el corazón a la boca* del susto (LC 414, 24).
Como sigas empeñado en *llevarme cosido a tu ropa*. (EH 418, 14-15).
Siempre te *oigo la misma música*. (EH 417, 4).
Cuando toda España *está en pie de guerra*. (S 435, 30).
¡Nos *veremos las caras!* (R 424, 25-26).
Desde las seis de la mañana *ando a la rebusca de la aceituna*. (R 426, 31-32).
Y andamos comiendo judías, cuando no lentejas. (S 434, 7).

3.2.– Perífrasis que denotan la perspectiva temporal del presente: el verbo ir

Funcionando como auxiliar intransitivo en estas perífrasis se encuentra totalmente gramaticalizado, aunque reste algo de su significado semántico propio de movimiento: es susceptible, además de ser empleado como auxiliar para cualquiera de las tres formas no personales.

Debido a la referencia o no al término del proceso que dichas formas llevan implícitas y por el significado del verbo «ir», que indica que se está ejecutando, aun cuando se haya cumplido ya una parte del mismo –en las construcciones con participio–, son muy abundantes las perífrasis con infinitivo, con el siguiente esquema: *Ir + a + infinitivo:*

En este tipo de construcciones el hablante realiza lo manifestado a continuación o en tiempo posterior, pero sigue ligado al momento de la palabra. Se explica fácilmente por la ausencia de referencia temporal del presente, pudiendo extenderse a cualquiera de las zonas, de ahí su proyección de futuro. Para expresar dicha proyección por medio de una perífrasis con *ir,* el miembro significativo de la misma ha de ser el infinitivo, porque no habiendo comenzado aún el proceso presenta un valor progresivo y una perspectiva de realización.

Suele expresar una temporalidad futura:

¡Como no te apartes te *voy a dividir* la cabeza! (LC 410, 2).
Nos la dividiremos, y *va a ser* esta calle la de la Sociedad de Divisiones Mutuas. (LC 410, 4-5).
«Padre me muero, y me *voy a volver* loca. (R 427, 22-23).
Vamos a sacar a tu hija del manicomio. (R 428, 24).
¡*Vamos a ayudar* a nuestros compañeros! (S 436, 1).
Voy a irme en seguida a las trincheras. (S 433, 12).
¡*Vaya a ver* los del Museo del Prado, si éste no le agrada, compañera! (LC 412, 5-6).

En contexto exclamativos, se puede utilizar para reforzar una negación con mezcla de sorpresa o extrañeza:

¡Me *vas a enseñar* tú a mí las que eran! (S 432, 11).
¿Cuántas veces te *voy a repetir* que no vayas más que donde yo vaya? (EH 417, 25).
No soy tan pequeño que me *vaya a perder* como cualquier aguja. (EH 417, 6).

Ir + participio:

Esta construcción tiene un valor durativo:

Estoy harto de *ir atado* a tu falda. (EH 418, 2).

Ir + gerundio:

Estas construcciones poseen un valor durativo o continuativo:

> No servís para madres de los españoles gigantes que *van naciendo* de esta guerra. (LC 414, 14-15).

4.– Léxico

Una característica de la lengua coloquial es que el caudal léxico es relativamente pobre, lo que trae como consecuencia automática la inflación de alta frecuencia.

Se podrían establecer tres grupos de palabras: figuradas, familiares y vulgares.

4.1.– Léxico figurado

Figurado se dice del sentido en que se toman las palabras para que denoten idea diversa a la que recta y literalmente significan, según el *Diccionario de la Real Academia española* (1984). Recogemos ejemplos de las obras estudiadas:

> Dichas están y no me las *tragaré*. (S 434, 4).
> Dos días llevo en este pueblo y estoy *rabiando* por salir de él. (S 433, 10).
> Con los céntimos que *cosecho* cada día, evito el arroz. (R 427, 10).
> Mi casa no la pisa ningún perro de esos. (R 425, 12).
> ¿Qué tendrá que hacer aquí un *escobón* semejante? (LC 412, 10).

4.2.– Léxico familiar

El criterio seguido en la selección de este léxico ha sido considerar como familiar lo que el *Diccionario de la Real Academia* define como tal: natural sencillo; corriente, propio de la conversación o de la común manera de expresarse en la vida privada:

> Bien se han fortalecido esos *canalleros* con vuestra cosecha de aceite del año pasado. (R 425, 2-3).
> Las aumenta esta *aperreada* vida que llevo. (S 426, 3).
> La muy *zorrona* ha alarmado todo Madrid. (LC 414, 28).

4.3.– Léxico vulgar

Es la lengua de uso empleada por el pueblo:

> Yo en cambio, de muy buena *leche* lo que pasa. (S 432, 33).

5.– Sintaxis

Existe una clara y manifiesta tendencia en la lengua hablada a la *dislocación sintáctica,* término tomado de Ana M. Vigara[11].

Es una tendencia de la lengua coloquial que se constata en una serie de fenómenos lingüísticos, de los que hemos observado en estas obras el orden de los elementos.

Esta ruptura en el orden de los elementos obedece a razones expresivas y afectivas, lo que da lugar a la ordenación subjetiva de los elementos de la oración:

> *Espías* andan por aquí y han silbado. (EH 417, 14).
> *Camino* de ello vamos. (R 426, 23).
> *Tranquila* estoy por mi hijo. (LC 412, 26).
> *Mal oficio* es la rebusca. (R 427, 8).
> *Vergüenza* me da pensar que duermen en la cama donde nació mi hija. (R 425, 13-14).

6.– Presencia de interlocutores

En la lengua coloquial son frecuentes las expresiones de uso fático que hacen referencia a los sujetos del coloquio: emisor-receptor.

Este hecho tiene cierta importancia ya que obedece a un intento de hacer explícito que el contacto entre los interlocutores existe y para ello se incluye al interlocutor en el mensaje emitido por el hablante.

Nosotros, según la categoría gramatical de la forma de apelación, distinguiremos: pronombres personales (uno) y pronombres personales (apelativos).

6.1.– Pronombre personal: uno

El indefinido experimenta cambios de categoría gramatical, el más usual consiste en el uso de *uno* o *una* como pronombre personal indefinido, con el carácter de persona general.

En la plaza puede hablar *uno* de la gente que pasa. (S 431, 9).
Casi llora *uno* para afuera... (EH 418, 26).
No gana *una* para sustos. (LC 414, 19).

6.2.– Sustantivo: apelativo

A veces la aproximación entre hablante y oyente se produce por medio de un apelativo, cuya función no es, como en otros casos, la de designar al destinatario de un mensaje que se inicia, sino la de mantenerle cerca de nuestras palabras. De ahí su carácter genérico de nombre que hace de apelativo.

Estos apelativos siempre llevan consigo una carga emocional de afecto, protesta o reproche.

6.2.1.– Apelativos que se dirigen a la persona de una forma afectiva si existe familiaridad

Los sustantivos más usados en ésta función son:

–*Hombre*, tanto para sujetos masculinos como femeninos.

–*Mujer*, si son femeninos.

–Hijo, hija.

En la mayoría de los casos el valor semántico de estos sustantivos se ha desdibujado, convertidos en meros apelativos, como soportes del diálogo.

¡Que no, *hombre!* (S 432, 4).
Serénate *mujer*. (LC 414, 7-8).
¡Un puñado de carbón no es para tanto, *mujeres!* (LC 412, 21-22).

También aparecen apelativos de nombres de parentesco como *madre, hijo, niño*.

¡Así es, *madre!* (EH 420, 10).
¡Salud, *madre!* (EH 420, 27).
Anda, *hijo*, a cavar. (EH 419, 12; 417, 2-3; 419, 33; 420, 22).
¡Presume tú de boca, *hija!* (LC 411, 14-15).
Ven aquí, *niño mío*. (EH 420, 22-23).

6.2.2.– Apelativos que expresan antipatía hacia el oyente

La mayor parte de las denominaciones negativas se componen de sustantivos de

significación peyorativa. Se pueden distinguir varias modalidades según a qué aspecto del comportamiento se refieran:

¡No te burles, *arrabalera!* (LC 411, 25).
¡No me ofendas, *barbuda!* (LC 411, 21).
¡Aparta, *lagarta!* (LC 409, 7).
¿No nos la vemos ya, *guasona?* (LC 411, 6).

6.2.3.– Por último recogemos otro apelativo propio de la política del momento: *compañero:*

¡Así sea *compañero!* (R 429, 2).
¡Vaya a ver los del Museo del Prado, si éste no le agrada, *compañera!* (LC 412, 6).

7.– Conclusiones

La lengua coloquial queda reflejada en estas obras que tienen como denominador común el realismo.

Esta lengua coloquial ha quedado de manifiesto a lo largo del análisis de recursos utilizados en cada uno de los apartados de expresividad, fraseología, léxico, sintaxis y presencia de interlocutores.

Pensamos que este estudio puede ayudar para profundizar en el estudio de la lengua coloquial usada por este autor.

NOTAS

[1] M. Seco: «Lengua coloquial y literatura» *Boletín informativo de la Fundación Juan March,* n.º 129, págs. 3-22, Barcelona 1973.

M. Seco: «La lengua coloquial: "Entre visillos" de Carmen Martín Gaite», en E. Alarcos: *El Comentario de Textos,* 1, Madrid, Castalia, págs. 357-375, 1973.

[2] A. Carballo Picazo: *Español conversacional,* ejercicios de vocabulario, Madrid, Alcalá, 1961.

[3] F. González Ollé: *Textos para el estudio del español coloquial,* Pamplona, Eunsa, 1967.

[4] Manejamos la edición de Miguel Hernández, *Teatro completo.* Madrid, Endymion, Editorial Ayuso, 1978.

[5] W. Beinhauer: *El español coloquial,* Madrid, Gredos, 1973.

[6] Todo el material de los ejemplos lo citaremos con las siglas de cada una de las obras indicando la página y renglón.

[7] Hemos seguido la clasificación realizada en la Tesis doctoral de Carmen A. Martínez Albarracín: *La lengua coloquial en cuatro novelas de posguerra: La Colmena, Entre visillos, El Jarama, Cinco horas con Marios,* editada en microfichas por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1991.

[8] Real Academia española, *Esbozo de una nueva Gramática de la lengua española,* Madrid, Espasa-Calpe, 1973.

[9] A García Yebra: «Comparación épica y realismo vital», *Arbor* LXL, 1960.

[10] Ver nota número 5.

[11] Cfr. Ana M. Vigara Tauste: *Aspectos del español hablado,* Madrid, SGEL, 1980, pág. 40.